

EL AORO CHILENO Y MODERNIDAD:
IDENTIDAD Y CRISIS SOCIAL

Maria de la Luz Hurtado



Ediciones de GUSTOS
Colección Historia del Teatro 2

Teatro Chileno y Modernidad: Identidad y crisis social*

MARÍA DE LA LUZ HURTADO

Editorial Gestos, Colección Historia del Teatro 2

Irvine, California, 1997

215 pgs.

M. de la Luz Hurtado emprendió una aventura de la cual no era fácil salir airosa. Creo que su entusiasmo le permitió cruzar sin inhibición un proyecto que se movía en la cuerda floja entre la pretensión y la ambición. Creo que ese es el primer acertijo que la obra resuelve con prestancia y rigor: es un proyecto ambicioso que combina con gran equilibrio características que, en nuestra vida académica, suelen ser polares: es interpretativo de la larga duración y a la vez es empírico y fundado. Le habla a muchas disciplinas, haciendo un uso moderado y fino de cada una de ellas, lo que le permite finalmente un texto que es de todas, pero mejor aún es de todos: su lenguaje no es cerrado ni irritantemente hermético. No expulsa sino que incluye y no lo hace sacrificando rigor teórico ni metodológico sino decantando su información y su reflexión.

No es fácil dar cuenta de la historia del teatro en Chile desde sus inicios coloniales, situándolo en su contexto histórico y dándole un sentido al insertarlo precisamente en el sentido de cada época. Los periodos tratados con mayor profundidad, y donde está el eje de la tesis central de la obra, es la crisis del Barroco y la crisis de la sociedad oligárquica. Es decir, el embate moderno y la frustración de lo moderno.

La obra tiene un mérito adicional: tiene múltiples entradas y admite muy diversos descriptores. Se puede también, dependiendo de la vocación de erizo o de zorro de cada cual, compartir la tesis central o descomponerla y resulta de todas formas iluminador y

debo decir, al menos para mí, muy sorprendente.

No me haré cargo, por ahora, de la tesis de fondo que tiene que ver, siguiendo una cierta escuela de la sociología culturalista, con la contraposición entre una identidad latinoamericana formada en el mestizaje barroco y la modernidad como una utopía que desestructura esa identidad y niega su ethos, sin ser capaz de generar una nueva síntesis.

Quisiera, más bien, hacer una lectura fragmentaria que tiene que ver con mi propia mirada, al menos, de la Historia Chilena Republicana.

Me llamó poderosamente la atención la manera en que el teatro permite conceptualizar y aún periodificar un tema en el cual nuestra historiografía aún no ha sido capaz de asomar la nariz, como es comprender la modernización, desde una perspectiva cultural, como la progresiva privatización de los espacios públicos.

El paso "de un teatro ritual de tipo barroco realizado en espacios abiertos con la coparticipación de todo el pueblo en la procesión, fundamentalmente simbólico-alegórico y épico, a uno basado en el discurso verbal referencial, circunscrito al espacio controlado del escenario" que es lo propio de una cultura escrita que funda o pretende fundar sus pautas de convivencia y de legitimidad en la razón.

Es lo propio de la formación del estado moderno que busca distinguir y diversificar y regular los espacios, los físicos y mentales. Hay dos conceptualizaciones de lo público en el periodo ilustrado republicano: lo públi-

*Palabras de la historiadora Sol Serrano en el lanzamiento de este libro, en Santiago, marzo de 1998.

co por su acceso, que busca cada vez ser más controlado y disciplinado y por lo mismo también segmentado (el teatro pagado sentado en una butaca en relación a la procesión me pareció una imagen fuertísima), y lo público estatal regulado por la ley y que busca, en la utopía democrática, ser igualitario. Por ello, así como en el teatro se privatiza lo público de acuerdo a un concepto de propiedad (el teatro y su ingreso), en el caso de la escuela se hace público lo que antes era doméstico, como era la enseñanza de las primeras letras.

Esta privatización se profundiza en el período de la así llamada crisis de la sociedad oligárquica, donde el espacio público del Estado y de la sociedad civil tienden a desaparecer en pos del espacio doméstico que refleja a su vez, como espacio mental, el de la intimidad. El triunfo de lo privado donde la unidad de convivencia ya no es la comunidad sino la familia.

Tuve una sorpresa que en esta búsqueda de la identidad no logro situar: qué sucede que, al llegar al espacio íntimo de lo privado aparecen, estas mujeres



Ramón López, María de la Luz Hurtado, Marco Antonio de la Parra y Sol Serrano en el lanzamiento del libro *Teatro Chileno y Modernidad: Identidad y crisis social*.

Asistimos entonces a un reordenamiento donde incluso también lo religioso se privatiza y ello debido en buena medida al nacimiento de una sociedad plural donde los espacios públicos ya no pueden ser usados sin más en una forma unitaria. Algo he visto en nuestro siglo XIX, por ejemplo, de la progresiva dificultad material de mantener las formas rituales colectivas dado el desarrollo urbano y mercantil. Ya no era posible, en Valparaíso en 1860, llevar el viático a los enfermos y exigir de la calle el debido respeto al paso del santísimo. Lo empujaban los carros y los estibadores. O cómo se mantenía en Semana Santa en Santiago a los carruajes fuera de la ciudad, como lo hubo de enfrentar Vicuña Mackenna.

Privatización de la calle, del espacio público abierto. Pero a la vez, construcción de un nuevo espacio público típicamente moderno que es el de la nación como comunidad de pertenencia y el de la opinión que permite la imprenta.

verdaderamente monstruosas y donde las relaciones entre hombres y mujeres son de antagonismo e insatisfacción. Aquí sólo una pregunta: es esto una particularidad chilena, qué pasa en el período en el resto de América Latina, en qué está el teatro europeo. ¿Tiene que ver con que es una etapa común de la modernidad en la cual la secularización lleva a hacer del amor romántico quizás la única forma de trascendencia posible? ¿Un período en que el matrimonio se transforma en algo así como en una nueva utopía de *ser con otro* y, por lo mismo, en una nueva frustración? ¿O es un tema más particular en el cual la frustración de un espacio público que no pudo construir el proyecto de modernidad que la utopía progresista proclamaba trasuntó también el espacio privado? ¿Cómo se compece ello de toda otra literatura del mismo período? Pienso en el arielismo, por ejemplo, que levanta a América Latina como un paradigma valórico en el cual los valores no funcionales (la familia finalmente se

supone el espacio para ello) permanecen vivos en relación a la cultura anglosajona.

En fin, nuestra propia autora ve en el paso del teatro burgués al Barroco el paso de un gasto ostentoso de cara a la comunidad a un gasto ostentoso privado.

Aquí creo que hay una veta muy sugerente que nos impulsa y nos obliga a entender nuestra identidad en el periodo moderno en esta relación entre lo público y lo privado y que el teatro tanto nos permite comprender.

Nuestra autora parte invitándonos a una lectura relativamente abierta de la relación entre identidad y modernidad en América Latina. Ella parte definiendo la identidad como barroca y mestiza, pero a continuación nos dice *"No se trata de una nostálgica vuelta al pasado, haciendo tabla rasa de la historia intermedia, sino de asumirla íntegramente, sin negar ni afirmar apriori la validez de cada una de sus etapas"*. Siento, sin embargo, que esta es una afirmación más hija de su rigor metodológico que de su convicción teórica. Porque, en los hechos, creo que en buena medida se niega lo moderno como algo también constitutivo de la identidad latinoamericana.

A pesar de que María de la Luz, con acierto a mi juicio, señala que junto con la llegada de los españoles se introducen elementos modernos en América, no se colige de ello de que la modernidad en sus múltiples fases no sea intrínseca nuestra sino un proceso siempre foráneo, que nos sigue llegando desde afuera, tan desde afuera como lo hizo Colón ese 12 de octubre.

Aquí quisiera hacer sólo dos precisiones: las tensiones que se dieron en América con la introducción de la modernidad en cualquiera de sus fases, pero particularmente en la introducción del Barroco (o del catolicismo tridentino) y de la Ilustración, no fueron privativas de América sino también de Europa. El tema de la civilización de las costumbres y del disciplinamiento de los espacios fue una lucha de todo el siglo XVII europeo que habría logrado, al parecer, asentarse a mediados del XVIII al menos en Francia. Pero quiero decir: la tensión entre modernidad y tradición y entre elites ilustradas y sociedad antigua no es precisamente nuestra y sólo nuestra.

Pero por cierto que en América se dieron con las particularidades del sincretismo religioso, del mestizaje, de su ruralidad, de su capitalismo tardío. En fin, la cultura y la historia americana, a mi juicio, vive la modernidad desde una particularidad que le es propia, pero una modernidad que no le es ajena. El sincretismo del Barroco se transforma más tarde en una curiosa hibridez que nos caracteriza y que creo no habría producido en el continente los niveles profundos de frustración que de hecho ha producido en este siglo si no fuera por la pobreza y la marginalidad social de una modernidad que no logró una de sus principales promesas.

Pero, en fin, esa ya es harina de otro costal.

Quiero terminar diciendo que este fin de siglo es un momento de reflexión sobre la identidad y que yo felicito muy sinceramente a María de la Luz que hiciera un aporte bien sustantivo desde el rigor de la academia. Personalmente, soy muy crítica de la capacidad que han tenido nuestras ciencias sociales y nuestras humanidades para dar cuenta de las profundas transformaciones que ha vivido la sociedad chilena en esta última década. Su aislamiento ha dejado espacio para un tipo de discusión pública que, lo he dicho en otras ocasiones, me parece narcisística porque lo políticamente correcto es denostar los cambios desde una nostalgia liviana y festiva más que comprenderlos desde nuestra gran dificultad de construir sentido en una sociedad segmentada y básicamente excluyente. Personalmente he creído mucho en la nostalgia y quizás por ello estudié historia. Pero he aprendido a desconfiar de la motivación de toda nostalgia histórica y, al contrario, a confiar profundamente en las motivaciones nacidas de la nostalgia metafísica.

Quizás como nunca antes en la sociedad chilena y por motivos tan diversos, nos ha preocupado tanto la forma en que procesamos el pasado. El pasado como negación o el pasado como nostalgia. Nos falta tanto el pasado como identidad y eso creo que es el gran aporte que nos ha hecho María de la Luz Hurtado.

Sol Serrano
Historiadora
Universidad Católica de Chile